

madres ancianas y respetables; venid todas las nobles criaturas que perteneceis á la clase media, que teneis privaciones sin cuento, por la falta de medios y por la excelencia y delicadeza de vuestros instintos; venid á mi galería de preladas, de guerreras, de poetisas, de santas, de artistas, de reinas, de admirables madres, de heróicas esposas y de ejemplares hijas; busque cada una de ellas la heroína á quien ame ó por quien se interese; busque cada una el modelo que le convenga, la virtud que admire, la cualidad que prefiera: todo lo encontrareis en ella; belleza, talento, gracia, heroísmo, sabiduría, santidad, grandeza, virtud y ternura; y á través de esos dones del cielo, las tristes debilidades, azote de la existencia humana, y los abrojos que, en todos los caminos de la vida, hieren las plantas de la mujer.

Ardua es mi tarea; mas espero que su variedad y el interés de que procuraré rodearla, os la harán agradable: y en cuanto á mí, si alcanzo distraeros é instruiros, puedo aseguraros que me serán dulces mis desvelos y mi trabajo grato.

LA AUTORA.

MARÍA ESTUARDO

Fué la más hermosa, acaso la más imprudente, y, sin disputa, la más heroicamente desgraciada de todas las princesas de Europa, del siglo xvi.

(Diccionario de Mujeres Célebres, del señor Canseco.)

La verde Erin, como llaman los habitantes del reino unido á su Escocia, no es muy alegre ni atractiva: un cielo pardo y nebuloso la cobija, y sus bosques, verdes y espesos, suelen estar poblados de osos y lobos, que los montañeses cazan con gusto y facilidad por su carácter salvaje, y á la vez hurafío y desapacible.

Edimburgo es una grande, triste y solitaria ciudad: si los ingleses son melancólicos, los escoceses son tétricos; apenas hablan, y el grande amor que tienen á su familia está recompensado con el profundo desden que manifiestan á todo cuanto les es extrafío.

El palacio real de Edimburgo era, en 1560, más triste aún que lo es hoy; situado en una grande y solitaria plaza, coronado de almenas y alumbrado

do por ventanas altísimas y pequeñas abiertas en las murallas de piedra, no impedía que estuviese habitado por buhos y cornejas el que morase en él la familia real de Escocia.

Al través de las ventanas de las torres se veía pasar á los adustos higlanders, con el plaid cruzado sobre el pecho, la piel de oso al hombro, y la pequeña gorra, que tan extraño contraste hace con sus crespas cabelleras y sus semblantes curtidos y atezados.

La plaza del palacio se hallaba llena de hierba; apenas pasaban por allí algunas personas en todo el día; pero en el interior se agitaban grandes y poderosos intereses, odios, rencores y venganzas.

La familia real de Escocia era tan poco numerosa, que constaba sólo de dos personas: de la reina María de Lorena, viuda de Jacobo V, y de su hija, niña de cinco años de edad.

María de Lorena era reina regente, pues su esposo había muerto pocos días después del nacimiento de María, su hija única.

La regente había estado antes casada con Luis de Orleans, duque de Longueville: esta unión duró sólo cuatro años: María era hija del duque de Guisa, y se hallaba dotada de una belleza muy notable; pero, francesa de nación, lo era también por carácter, y aunque contrajo su segundo enlace con el rey de Escocia, al poco tiempo de su viudez, jamás pudo olvidar al primero, ni acostum-

brarse al triste país que miraba como tierra extraña.

Muerto Jacobo V, su viuda se halló más triste y más aislada que nunca: el rey la amaba y la defendía; pero faltando aquel poderoso sosten, la regente sintió bien pronto todo el peso del desamor de sus vasallos.

Con el mayor placer hubiera abandonado la regencia del reino, hubiera renunciado los derechos de su hija al mismo, y se hubiera vuelto á su hermosa, culta y elegante Francia, al lado de los Guisas, sus poderosos y soberbios hermanos; pero era, no solo madre, si no madre tierna y amorosa: pospuso todo placer personal al interés de su pequeña María, que casi al nacer había ya quedado sin padre, y se resignó á vivir bajo su manto de viuda en aquella tierra, extraña para ella, y que no la amaba.

Aquella resolución costó á la pobre princesa no pequeña violencia: aun era joven y bella; pero ninguna idea de amor, ni aun de galantería, venía á distraer la tristeza y soledad de su vida: algunos caballeros escoceses se agruparon en torno suyo, con la intención de hablarle de su amor y de captarse sus simpatías; pero la regente deshechó todas aquellas manifestaciones, y se encerró triste, pero orgullosa y tranquilamente en su soledad moral y material del palacio de Linhitgon.

La muerte de su marido había hecho en su áni-

mo una impresion profunda: Jacobo V., segun la opinion de todos los historiadores que merecen más fe, había muerto envenenado; su esposa tuvo siempre esta triste seguridad; así es, que la Escocia la disgustaba por su tristeza, y mucho más porque era la patria de los verdugos de Jacobo.

Poco dichosa en su union con el duque de Longueville, puede decirse que el sólo hombre de quien fué amada con pasion fué su segundo marido.

María, en tanto que vivió el rey, le manifestó escasa ternera, ó más bien le ocultó la que le profesaba; francesa de corazon, todo lo que no era frances, alcanzaba de ella escasa simpatía. Jacobo, grave y melancólico, aunque dotado de gran bondad y elevacion de alma, no era galante, y la amaba con una afeccion seria y profunda; pero cuando María se vió privada de aquel apoyo tan dulce y tan seguro; cuando sólo vió al derredor de ella odios y enemigos; cuando vió que nada tenía ya que esperar y que tenía que temerlo todo, comprendió tambien que lo que había perdido era irremplazable.

La princesa María heredó, con la gracia francesa de su madre y con sus maneras delicadas y nobles, la soberana belleza de los Estuardos, á cuya familia pertenecía Jacobo V; sabido es que en esta rama regia era la hermosura dote propio; la princesa era una prueba de esta verdad: tenía los ojos

azules, dulces y profundos de los Estuardos, y las facciones delicadas y perfectas de los príncipes de la casa de Lorena; su frente, de un corte admirable y lleno de gracia, parecía copiada de una bella estatua griega; su cara oval finalizaba en una barba delgada y adornada de un gracioso hoyuelo; la boca era un arco de coral húmedo y caprichoso, no de coral encendido, sino del más puro coral rosa; su nariz, romana, era delgada y perfecta.

Algun tanto parecida á esta princesa fué muchos años despues la desventurada María Antonieta de Francia; pero María de Escocia era mucho más bella, más poética, y tenía un talento mucho más grande.

La compañía de la regente era una jóven viuda llamada Edhit; su marido, antiguo y fiel servidor de Jacobo V, y de mucha más edad que ella, no tuvo, sin embargo, que quejarse jamás de su fidelidad y virtud. Edhit era buena por aficion natural al bien, y no por precepto y sistema; el vicio le repugnaba más como una mancha que como un mal; como el armiño, hubiera preferido morir á manchar su pureza; su persona le era sagrada, y se estimaba tan alto, que á nadie juzgaba acreedor á su posesion.

Era una altiva y hermosa jóven que contaba 25 años al empezar esta historia, y que ya era viuda hacía tres; dama de honor de la reina, apenas se separaba de su lado y compartía con ella

todas las inquietudes que sentía, no sólo por la suerte de su hija que, privada de su padre, todo debía temerlo de los ambiciosos nobles, sino también por la suerte de aquella misma Escocia que tan feliz y benignamente había gobernado su esposo.

En efecto, las guerras religiosas desolaban entonces el reino; presbiterianos y puritanos se hacían una guerra encarnizada; el gobierno británico meditaba ya la reunion de la Inglaterra y la Escocia, y fomentaba sordamente el descontento en los ánimos de todos; la regente se hallaba en tan difíciles circunstancias para una mujer y una madre que debía guardar el trono de su hija, que no sabía qué partido tomar.

¿De quién aceptar consejo?

Solo tenía confianza en los terribles y ambiciosos Guisas, sus hermanos.

La reina era tímida, irresoluta, y muy ignorante en todo lo concerniente á intrigas políticas; Jacobo la había tenido apartada de todas las miserias y ambiciones de la corte, creyendo y con razon, que estos cuidados eran demasiado graves para un espíritu femenino.

En una hermosa mañana de otoño, cuando aun las nieblas no oscurecían el resplandor del sol, se hallaban en los jardines de palacio la reina, su hija y algunas damas de las que habitualmente las acompañaban.

La condesa de Cleveland, á la que ya conocemos, no estaba allí, y las damas de servicio se hallaban paseando en una calle separada por algunos árboles del sitio donde se hallaba la reina; la princesa, cansada de haber jugado y corrido, se había dormido sobre la hierba y reposaba con el dulce abandono de la infancia.

Cerca de ella, y mirándola tristemente, se hallaba su madre; era la regente una jóven, puesto que no pasaba de veintinueve años, alta, esbelta y rubia, con ojos azules y lánguidos y cara algun tanto alargada, aunque de un óvalo suave y gracioso; blanca como el nácar, sólo sus mejillas estaban vestidas de un débil sonrosado; sus cabellos, espesos y sedosos, se hallaban prendidos en trenzas, bajo una toca de terciopelo negro, coronada graciosamente de una pluma blanca; un traje de terciopelo negro, acuchillado de raso azul, dejaba ver las elegantes proporciones de su cuerpo, que aun ostentaba una esbeltez encantadora.

María de Lorena estaba sentada en un banco rústico, bajo un dosel de verdor; las últimas flores del otoño adornaban con sus galas aquella cortina natural y enviaban á la reina su dulce perfume; apoyada la mejilla en la palma de su blanca y delicada mano, con la mirada fija en la princesa y perdida en una meditacion profunda, se advertía en ella algo de elevado y de ideal que conmovía y fijaba de una manera invencible la atencion.

No era posible dar una edad á aquel conjunto encantador; había en ella algo delicadamente bello, algo semejante á la gracia suprema que luégo han ostentado los pasteles de Latour, y que los ha hecho inmortales.

Si la madre era encantadora, la hija era un prodigio de belleza; tenía los cabellos de un rubio más oscuro que los de la reina, y sus cerrados ojos debían serlo también, á juzgar por el castaño de sus pestañas, largas y rizadas como una franja de seda; no ha habido en el mundo unas cejas tan admirablemente trazadas como las de María Estuardo; podía pensarse que un ángel las había dibujado con su casta y dulce mano; tal era la suavidad de sus tendidos arcos y el armonioso color oscuro que ostentaban.

Coronando su rostro de un óvalo modelado por el dibujo más puro, se veía su frente abovedada y como abrumada por la rica cabellera que la ceñía en gruesos rizos; las imágenes de su cándida edad flotaban en sus sueños y entreabrían sus labios, dejando ver dos hileras de perlititas, de esas tan menudas que sólo se emplean para adornar las joyas más pequeñas, y que brillaban como la nieve al sol entre el joyel de coral rosa de sus labios; su nariz, ligeramente curva y fina, se dilataba con una respiración dulce é igual, y apoyaba en uno de sus brazos, desnudos, su peregrina cabeza, con una gracia llena de poesía y naturalidad.

—¿Qué será de tí, pobre hija mia? pensaba la reina mirando á la niña; ¿será tuyo el reino de tu padre? ¿te dejarán siquiera vivir en paz en él? De todas esas naciones que te disputan, ¿cuál te se llevará? ¡Tienes un reino por dote, y eres una presa envidiable! ¡Ah, hija mia! ¡Tú y yo hemos perdido el mejor de los apoyos en tu buen padre!

Al llegar aquí el pensamiento de la regente, dos lágrimas cayeron de sus ojos, como homenaje á la memoria de su marido.

Unos pasos ligeros que se oyeron la sacaron de su distracción: volvióse y vió venir hacia ella la hermosa y altiva condesa de Cleveland.

II.

Era Edhit una mujer que formaba con la reina el más perfecto contraste: morena y decidida, sus negros ojos anunciaban una varonil resolución: sin embargo, en sus labios erraba muchas veces una afectuosa sonrisa, y sobre todo cuando miraba á su hijo, niño de ocho años de edad, y único que había tenido de su matrimonio.

Lord Arturo Cleveland era ya una pequeña

persona, muy altiva, muy petulante y que demostraba grandes aficiones al amor y á la galantería: no obstante, todas las niñas de las nobles familias de Edimburgo que su madre trataba, parecían serle indiferentes ó antipáticas, excepto dos ó tres, dotadas de una maravillosa belleza.

La princesa María tenía dos meninas ó pequeñas damas de honor francesas: contaban estas servidas en miniatura seis y siete años de edad, y la acompañaban constantemente; la regente, á causa de su extraordinario amor á Francia, anhelaba que su hija participase de él, y se había dicho algunas veces, al pensar en la suerte probable de María:

—Si es un día desgraciada, Francia será su asilo.

No obstante, para la nobleza de Escocia, tan intolerante y tan apegada á sus costumbres, la reina había cometido una falta imperdonable llevando á aquellas niñas extranjeras al lado de la heredera del trono: las meninas tenían su familia, mas por fortuna ambas familias iban sólo á verlas, y residían habitualmente en París: en Escocia lo hubieran pasado muy mal, y acaso las dos niñas compañeras de la princesa hubieran quedado huérfanas.

Berta de Estrées se llamaba la mayor de las dos pequeñas damas; el nombre de la menor era Ana de Polignac, y ambas pertenecían á la más alta nobleza de Francia.

Ni una ni otra eran muy bonitas, cuando desde la cuna las llevó la regente al lado de su hija. María de Lorena, que adoraba á su hija, no hubiera querido al lado de ésta á ninguna criatura excesivamente bella, por una pueril aprension de madre celosa.

Las meninas vestían segun la moda francesa en toda ocasion, y María Estuardo vestía del mismo modo algunas veces, por gusto de su madre, que nunca la hubiera vestido de otro modo.

Lady Cleveland se acercó á la regente, que al mirarla comprendió venía enojada.

—¿Qué pasa? preguntó con acento en que se podía percibir un ligero tinte de ironía amistosa.

—Pasa, señora, que las dos chiquillas francesas están armando un estruendo infernal en la cámara de S. A., contestó Edhit con enojo.

—¿Pues qué hacen?

—Correr, saltar, chillar y hacer de los sillones un edificio donde se agitan, cantan y se mueven como dos lobeznos en una jaula.

—La comparacion no es muy exacta, dijo la regente, que á pesar de sus dolorosas preocupaciones de poco antes, se sonrió; hubiérais podido compararlas á dos pajaritos, y eso hubiera sido más exacto.

—No me parecen pájaros, sino fieras, murmuró la condesa, contrariada.

—Eso es, querida Edhit, porque las detestais.

—¡En cambio, vos las adorais, señora!

—No niego que las amo: son dos bellas flores abiertas bajo el cielo de mi querida Francia, y lo que me admira es que vos, que sois madre, tengais tal antipatía á esas pobres criaturas, privadas de las suyas, y que sólo tienen aquí mi proteccion por abrigo.

La reina dijo estas palabras con una especie de severidad: la condesa guardó un respetuoso silencio.

—Las odiais sólo porque son francesas, continuó la regente; y por esta razon es indudable que me aborreceis tambien.

—¡Oh señora! murmuró Lady Cleveland, confusa y encarnada.

—¿Qué mal os han hecho esas pobres criaturas? ¡Nacer en mi patria! Convenid conmigo, querida condesa, en que vuestra antipatía debe serme poco agradable, y que la tomo poco ménos que si me la dedicáseis á mí:

—¡Yo amo á V. A. con todo mi corazon! exclamó con vehemencia Edhit.

—Probádmelo dejando de odiar á esas pobres niñas, repuso la reina severamente, y no olvidéis que están bajo mi proteccion.

Despues de un instante que María de Lorena dejó pasar para dar más solemnidad á sus palabras, se volvió del lado donde paseaban las otras damas de honor, y llamó:

—¿Mis Edghewont?

Una jóven como de unos veinte años, rubia y delicada, se acercó rápidamente y se detuvo enfrente de la reina.

—¿Por qué habeis dejado solas á las señoritas de Estrées y de Polignac? preguntó la regente.

La jóven bajó la cabeza ruborizada.

—Os suplico que no falteis otra vez á vuestro deber, dijo María. Ya sabeis que éste es cuidarlas, puesto que sois su aya; tened entendido que os hago responsable de cualquiera daño que se puedan causar por vuestro descuido; ahora id á buscarlas á la cámara de S. A., donde se hallan, y traedlas aquí.

Mis Edghewont, se alejó en silencio.

—Toda esta fuerza de carácter necesito para conseguir que no se descuide ni se maltrate á esas niñas; murmuró María con desaliento y disgusto. Esto es triste y me lastima profundamente.

La condesa enjugó una lágrima, pero guardó silencio, sintiendo no obstante un gran deseo de exterminar á las dos francesitas.

Estas aparecieron muy pronto por la entrada del parque, seguidas de Mis Edghewont: ninguna pena se notaba en sus infantiles rostros por el ruido que habían hecho, ni por la reprimenda que, al parecer, les esperaba.

Ana traía cogida la mano de Berta y cantaba á gritos una melodía compuesta, ó más bien, improvi-

sada por ella. Berta reía á carcajadas y quería soltar su mano de las de su compañera, lo que la hacía ya correr, ya quedarse parada de repente.

Traían unos vestidos escoceses de colores vivos; en la banda de raso encarnado que las cruzaba el pecho se veían, bordadas en oro, las tres lises de Francia, señal ya de servidumbre.

Sus pequeños pies, calzados con botinas de terciopelo, se movían aún torpemente, sobre todo los de Ana, que era la menor.

No se podía mirar á aquellos dos tiernos y diminutos seres sin un sentimiento de tierna simpatía, y casi de viva piedad, al verlos separados de sus madres y en un estado de dependencia, y casi de esclavitud.

Cuando llegaron delante de la regente se detuvieron y guardaron silencio.

—Señoritas, dijo la reina con seriedad: ¿qué hacíais en la cámara de S. A.?

Ana, indecisa, miró á Berta; ésta respondió con resolución:

—¡Hacíamos... jugar!...

—¿No sabéis que en la cámara de S. A. no se juega?

—¡Yo no quería... Berta fué! objetó Ana.

—No, tú quisiste ir allá, dijo Berta.

—¿Por qué mientes?

—La que miente eres tú.

Este diálogo, que tenía lugar con medias pala-

bras, provocó un terrible ataque de risa en la regente; pero, conteniéndose, dijo con gravedad:

—¡Basta! Si se repite, sereis ambas castigadas, y encerradas para todo el día en vuestro cuarto.

Las dos niñas se miraron con disimulo y se alejaron algunos pasos, asidas de la mano.

—¿Por qué has dicho que yo tengo la culpa? preguntó Berta con enojo.

—Porque á tí nunca te riñe la señora, repuso la otra, y á mí sí.

En este instante se despertó María, se incorporó, y vió alejarse á las dos niñas.

—¡Berta! ¡Ana! gritó; é incorporándose, corrió á alcanzar á las dos meninas.

Era ella mucho más hermosa que las dos niñas, y las llevaba de estatura toda la cabeza; sus dos pequeñas damas le besaron la mano y las tres se perdieron en los bosquecillos perfumados del jardín.

III.

Un año pasó, triste para la regente y aun más para Escocia, que cada día iba perdiendo un poco del amor que debía á su reina.

Esta gobernaba con poco talento y ménos fuerza

de carácter; los escoceses se quejaban coléricos de que la Francia los dominaba y que la poderosa familia de los Guisas era la que dirigía los destinos de la nación. En vano se hacían á la regente representaciones, á la vez enérgicas y respetuosas; en vano se la advertía que su persona y la de su misma hija iban á ser odiosas, si no conciliaba la marcha de su política; todo era inútil. María de Lorena, ciegamente apasionada de su patria, sólo atendía á los consejos de los agentes que el Gobierno de aquella nación sostenía, no sólo en el reino, sino dentro de Edimburgo, á los que la reina veía y consultaba con toda la cautela posible.

Más de una vez, uno de aquellos agentes franceses había aparecido cosido á puñaladas á la puerta del Palacio real de Edimburgo, al salir María para ir á la iglesia ó á paseo: la regente, ante aquel terrible espectáculo, palidecía y caía desmayada sin fuerzas ni aun para dar un grito; pero al día siguiente un edicto, más duro que los anteriores, la vengaba de los nobles, obligándoles á más ó menos impuestos ó quitándoles privilegios, y á la vez alguna nueva muestra de afecto y consideración hacia los franceses, demostraba su rencor y su venganza.

Tal marcha de conducta era muy peligrosa; los reyes tienen que ceder y doblegarse ante los deseos y los derechos de la nación, ó la nación les mira como á enemigos; airada María, irritado el pueblo

y fomentada la disidencia por los agentes secretos de Inglaterra que, como ya queda dicho, deseaba la unión de la Escocia y de la Irlanda á su reino, una medida grave debía estallar y estalló en efecto.

María de Lorena pidió abiertamente al Gobierno francés un consejero, y éste le envió á Nicolás de Pelleré, obispo de Amiens, hombre sabio, pero duro y ambicioso, que la obligó á publicar el severo edicto contra los protestantes, que minó en su base el trono de Escocia.

El descontento tomó mayores proporciones y se hizo más visible, porque la medida no podía ser más imprudente.

El rey de Inglaterra, Enrique VIII, compadecido de la angustia de la regente, ó tal vez deseando aprovecharla para sus fines particulares, envió una embajada á la reina pidiéndola la mano de su hija para el príncipe Eduardo; pero María, antes de decidir, convocó al Parlamento para consultarle en caso tan arduo.

Un grito de unánime reprobación contestó á sus palabras.

--¡Y qué, señora! exclamaron los nobles escoceses; V. M. ¿no comprende que al solicitar quitarnos á la princesa el rey de Inglaterra nos quiere hacer súbditos suyos? ¡Jamás la nación dará á sus enemigos la hija de su rey, ni se hará vasalla de Inglaterra!

--¡Gracias, milores! exclamó María conmovida;

yo hubiera cedido á mi hija con una pena mortal á una nacion soberbia; sólo lo hubiera hecho atendiendo á vuestro parecer, pero el mio está completamente acorde con vuestra negativa; sin embargo, me es preciso exponeros que, de no dar á la princesa á Inglaterra, me es forzoso darla á Francia.

Un silencio glacial acogió estas palabras.

—¡Nada decís! exclamó María: hablad, milores; reprobándolo vosotros, que sois los representantes de la nacion, tampoco admitiré ese casamiento; ¡hablad! ¿A quién quereis dar á María? ¡Si yo soy su madre, vosotros teneis sobre ella derechos tan sagrados como los míos! ¡Pensad en lo que su padre hubiera hecho, y decidid!

Ninguna voz respondió tampoco á las palabras de la reina; ésta esperó en vano algunos minutos, y despues continuó:

—Francia puede ayudarnos á sacudir el yugo que nos quiere imponer Inglaterra; ¿quién se atreverá á nosotros, siendo María la esposa del delfín? El primero de los hijos que nazca de este enlace, el primer nieto de vuestro buen rey Jacobo V, será consagrado rey de Escocia así que reciba las aguas del bautismo; así me lo prometen y así se cumplirá; en tanto, seguiré al frente de la nacion; Francia no quiere, como Inglaterra, apropiarse la Escocia; aspira sólo á conservarla libre y á tenerla por amiga, porque yo, que soy la viuda de vuestro rey, he salido de su seno: milores, deliberad... pensad en

ello, y luégo llamadme para hacerme saber vuestra decision.

La reina, dichas estas palabras, salió del salon, despues de haber saludado con dignidad y respeto á la asamblea.

Esta permaneció seis horas en sesion; allí fué debatida la suerte de aquella niña de seis años.

A las nueve de la noche, un uquier fué á rogar á la reina que entrase de nuevo en el salon, lo que verificó llevando á su hija de la mano.

—Señora, dijo uno de los pares más ancianos; ¿V. M. asegura á Escocia la perfecta y leal adhesion de Francia?

—¡Yo os respondo de esa adhesion, por la vida de mi hija! respondió María, presentando á la princesa con ademan solemne.

—¿Está segura V. M. de que nos ayudará á sacudir el yugo que nos quieren imponer?

—Estoy segura.

—La nacion da, pues, á la princesa María de Escocia al delfín Francisco, hijo primogénito del rey Enrique II de Francia y heredero de su trono, pero con una condicion.

—Decidla, exclamó María radiante de alegría: yo la acepto en nombre del rey Enrique II, mi primo.

—La princesa será consagrada precisamente reina de Escocia á los ocho años de edad, en Edimburgo.

—El rey de Francia quiere que parta al instante para París, observó la regente.

—No importa; para la consagracion y coronacion deberá venir á Escocia, aunque luégo vuelva á marchar.

—Se hará como deseais, dijo la regente.

—Además, se casará con el delfin el dia mismo que cumpla 15 años de edad.

—Así se hará.

—Toda la servidumbre interna de la princesa será de Escocia, y la elegirá el Parlamento, es decir, la nacion.

—Es muy justo.

—Y ahora, señora, el Parlamento os da gracias por haber accedido á sus deseos.

—Y yo, milores, exclamó la reina, os juro que nunca olvidaré vuestro amor á mi hija y vuestra deferencia á los míos; ¡desde hoy, y sólo desde hoy, soy escocesa de corazon, y, fijada ya la suerte de mi hija, sólo viviré para Escocia y por Escocia!

IV.

Había entonces la costumbre de que las princesas se educasen en la nacion donde se casaban, y bajo la inmediata vigilancia de la familia real que las adoptaba.

María de Lorena despachó correos á los Guisas, anunciándoles el estado de sus negociaciones y con el encargo especial de ofrecer sin demora al rey la mano de María.

En la contestacion se le decía, que una brillante embajada salía al dia siguiente para pedir la mano de la princesa y conducirla á Francia.

El delfin acababa de cumplir 7 años; es decir, tenía uno más que la princesa.

El dia que llegaron á Edimburgo los embajadores, la ciudad presentaba el aspecto radioso de la más suntuosa fiesta; jamás la vieja y triste ciudad se ha visto engalanada con más flores, con más ricos tapices, con más músicas y cantos; con tal de huir del yugo británico, tan duro, tan frio, tan terrible para el pobre y sencillo pueblo escocés, aquel pueblo daba, no sólo de buena gana, sino con gratitud, á la hija y nieta de sus reyes, á una nacion amiga, aunque ambiciosa y sagaz.

El casamiento de María era una prueba de union con Francia, que podía proteger sus libertades é independenciam; así es que la recepcion de los embajadores no pudo ser más espléndida y entusiasta.

Enrique II, y sobre todo su sagaz esposa Catalina de Médicis, había enviado á la flor y nata de la nobleza francesa; apenas había ningun jóven, y los dos sexos iban representados por cabellos blancos.

Abrió la Guardia Real francesa, que Enrique II

enviaba para la custodia de la princesa; en medio de las dos filas, á caballo, iban dos carrozas doradas y una de plata maciza, adornada de pabellones de gasa blanca sujetos con ramos de flores, que era la destinada para la princesa.

Ni antes ni despues se ha visto ya una maravilla como aquel carruaje; los seis caballos que tiraban de él eran blancos, y estaban coronados de flores; el estandarte frances ondeaba al frente, y las colgaduras de gasa estaban sujetas con la corona real de Francia, de gran tamaño y toda de oro y pedrería.

Ocho filas de nobles señores franceses, á caballo, y constando cada fila de ocho jinetes, componian la embajada; al frente marchaba el cardenal de Guisa, tío de la regente, revestido de púrpura; los caballos de todos los caballeros iban llevados del diestro por un paje de su casa, vestido con sus colores y llevando al pecho el escudo de su señor; un escudero delante de cada jinete, llevaba el estandarte que le era propio.

Seguían cuatro carrozas llenas de damas; en las dos primeras iban señoras de edad; en las dos últimas, niñas que no pasaban de doce años, para el servicio inmediato de la princesa; por orden de la reina Catalina de Médicis, llevaban estas niñas, sobre sus trajes blancos de raso, una banda escocesa, en la que había, bordado en oro, este letrero:

María Estuardo.

Dos blancas hacaneas, con sillas y gualdrapas de terciopelo blanco y rojo, y llevando en las mantillas las armas de Francia y de Escocia unidas, iban conducidas por dos pajecillos, niños aún, para el caso de que quisiera montarlas la princesa.

Cerraban la comitiva multitud de señores, prelados, nobles, capitanes, y despues venía el Estado llano, que París enviaba tambien, representando el comercio y los oficios, en busca de la princesa.

El Estado llano iba vestido de negro y caminaba á caballo, llevando al frente sus estandartes morados con lises blancas.

Casi todos eran honrados pañeros, plateros, sastres, grabadores, y en fin, representantes de todas las artes y oficios.

Una gruesa escolta cerraba la comitiva.

Multitud de aldeanos habían acudido de los pueblos vecinos: toda la ciudad se hallaba en las calles, y los terrados y ventanas estaban guarnecidos de espectadores.

El Parlamento se hallaba reunido en palacio y en la cámara de embajadores: en el fondo de la suntuosa estancia, y bajo un dosel, se hallaba la regente, y á su derecha, en otro estrado, estaban sentados los pares del reino.

El Cardenal de Guisa entró al frente de los embajadores, y toda la comitiva siguió.

La reina estaba vestida de gala; jamás, ni aun el día de sus bodas, había parecido tan hermosa;

un traje bordado de plata, recamado de grandes flores, hacía parecer más bella su esbelta figura: ceñía sus sienes la corona real de Escocia, y en su hermoso rostro brillaba la alegría.

Los embajadores se inclinaron ante ella, y volviéndose despues hacia el Parlamento, le saludaron con el mismo respeto.

Haciendo abstraccion de su parentesco y del grande amor que tenía á su hermana la reina regente, el Cardenal de Guisa expuso el objeto de su embajada con el tono ceremonioso y conciso que la ocasion exigía.

—Señora, dijo: el rey de Francia, Enrique II, vuestro augusto primo, nos envía á vos á fin de pedirós la mano de vuestra hija S. A. la princesa María, para su hijo el delfin Francisco: si nos concedéis esta merced y teneis á bien confiar á nuestra lealtad á la princesa, tenemos que conducirla á Paris, donde entrará en el convento de San German de Laya para ser educada, hasta el dia en que la edad de los augustos contrayentes permita celebrar sus desposorios.

Volvió á inclinarse profundamente el Cardenal despues de expuesto su mensaje, y volviéndose á la Cámara, añadió:

—Y á vosotros, milores, demandamos también la mano de la princesa, en nombre de nuestro rey: Francia pide á Escocia una esposa para el heredero de su trono.

—Señor Cardenal, respondió María de Lorena: como regente del reino, durante la menor edad de mi hija, y como madre, yo os concedo su mano, para su augusto primo el delfin de Francia.

—La Cámara de los pares dijo á su vez el Presidente del Parlamento, concede así mismo á su A. R. la princesa María Estuardo al rey de Francia, Enrique II, para su hijo el delfin Francisco, salvo algunas condiciones que se mencionarán al extender los contratos matrimoniales. La Escocia quiere asegurar la dicha de la hija de su rey, á la que mira como propia.

Los embajadores saludaron y salieron: á la puerta del salon, muchos pajes les condujeron á las habitaciones que tenían preparadas en la misma regia morada.

La comitiva se alojó en los palacios y castillos de los nobles señores escoceses, y desde aquel dia el rencor de Escocia á Francia desapareció como por encanto.

La alegría penetró á raudales en la triste ciudad de Edimburgo con los que habían venido á llevarse á la princesa: todo eran músicas, cantos, iluminaciones: la regente, aunque hondamente dolorida con la idea de separarse de su hija, sintió que el ambiente de su patria la reanimaba: los contratos se firmaron segun el Parlamento había dispuesto, y en consecuencia de una de las condiciones se dispuso que acompañasen á María seis

damas de la primera nobleza y sus dos meninas francesas, que ya hablaban en escocés en su lenguaje balbuciente: llevaba además dos escuderos, cuatro pajes, y una guardia de cincuenta escoceses *para sólo su sagrada persona*: todo esto se puso en los contratos: su servidumbre estaba toda pagada por la nación.

El Parlamento votó para María una dote colosal; la señaló la pension más crecida que ha tenido jamás ninguna heredera de un trono, y la colmó de joyas y presentes: en una palabra, Escocia, aquella nación salvaje, calvinista, montaraz, fué la más galante que se ha conocido para la hija de sus reyes.

Tres días bastaron para la terminacion de todas las negociaciones: la servidumbre dispuesta, y los preparativos hechos con una suntuosidad sin ejemplo; el orgulloso Cardenal de Guisa se dispuso á llevarse á Francia á su sobrina.

V.

La pobre niña, que sólo contaba seis años, manifestó el más vivo dolor y la oposicion más tenaz á dejar á su país y á su madre, más amante que ésta de Escocia; la idea de ir *tan lejos* angustiaba

ya su infantil corazón y le oprimía como una mano de hierro: la regente, cubierto el rostro de mortal palidez, hubo de hacerse fuerte y dar ella misma á su hija el ánimo que la faltaba: ella misma condujo en sus brazos á su hija al buque real que debía llevársela: el Cardenal recibió con toda ceremonia á la princesa de las manos de la reina, su hermana, y la retuvo en sus brazos, procurando calmar su llanto y sus esfuerzos para volverse al lado de su madre.

María Estuardo, vestida de brocado de oro, cubierta de pedrería, con la diadema de heredera, lloraba á gritos, y retorció su pequeño cuerpo, con las convulsiones de la desesperacion, entre los brazos del prelado: la hora marcada por el ceremonial pasaba ya, y no era posible partir: el pueblo, agrupado en la orilla, empezaba á mugir sordamente al ver la desesperacion de la princesa, y tomaba una actitud de amenaza: una de las damas hizo uso de toda su agilidad francesa, y arrancó la gola y el pesado traje, que sofocaban á la niña. María quedó sólo con una bata interior de batista, y pudo respirar.

Entonces el médico, que iba entre la comitiva, fué á darla una bebida calmante: mas el pueblo lanzó un grito unánime de reprobacion y de furor.

El médico comprendió lo que aquel rumor significaba, y elevando la copa bebió la mitad de su contenido, dando la otra mitad á la princesa.

Los espasmos cesaron, y María se tranquilizó algun tanto.

—Tu madre va á venir, hija mia, dijo el Cardenal en voz baja á la niña, dejando la etiqueta por el lenguaje familiar y cariñoso.

—¿Adónde? exclamó la niña con ansia.

—A Francia.

—¿Cuándo vendrá?

—Así que ande el buque; ella saldrá en otro y nos alcanzará.

—Vámonos, pues, al instante.

El prelado alzó la mano con ademán solemne, y se oyó el estampido del cañon.

La flota echó á andar.

El Cardenal elevó á María en sus brazos para que el pueblo la viese alejar; los embajadores formaron círculo al derredor de ella; toda la comitiva ocupó su sitio sobre el puente; como una cintura formidable, los cincuenta escoceses, elevaron sus picas en torno de la regia niña, volviendo hacia la patria que dejaban sus atezados rostros.

María de Lorena lanzó un grito lastimero, y cayó en los brazos de la condesa de Cleveland sin sentido y sin voz.

La princesa, siempre elevada en los brazos del Cardenal, se perdía en el espacio como un ángel que toma su vuelo hacia lejanas costas.

Aquella misma noche, una terrible tempestad se desató en la mar, y los escoceses, al oirla rugir, se

refugiaron en los templos para rogar al cielo por la vida de María Estuardo.

VI.

La flor arrancada de su tallo, el pájaro robado á la floresta, no pueden sufrir más que la regente al separarse de su hija.

Desde el dia en que la perdió de vista dejó de ser jóven y bella; desconsolada, sin color, sin descanso, ni el sueño acudía á sus ojos, ni podía tomar ningun alimento.

A cuantas reflexiones para que se distrajese se le hacian, respondía tristemente:

—¿Para qué?

—V. M. debe vivir para conservar el reino á su hija, repuso un dia Lady Cleveland; ¿qué será de ella si V. M. falta? ¿Quién la guardará la corona de su padre?

Estas reflexiones y el tiempo, que pasó su suave esponja sobre aquella llaga mortal, consolaron algun tanto á la regente, y la dieron un poco de ánimo para ocuparse de los negocios que tenía abandonados.

Lo más amargo de aquella separacion era que debía ser muy larga. María no podía volver á Es-